

Adeodato Simó

## LA CADENA FATAL

Desde hace varios días me aterra ir al supermercado. Cada vez que voy entra detrás de mí un hombre que me sigue en mi deambular por los pasillos y va haciendo una compra idéntica a la mía: yo compro pan, él mete en su carro igual número de barras; pasta de dientes sabor clorofila, pues él pasta de dientes sabor clorofila; dos pizzas congeladas, otras dos que él se lleva. Además coloca las cosas en el carro en la misma posición que yo, con lo que ambos carros resultan indistinguibles en cada momento.

Soy nuevo en el barrio, apenas tres semanas aquí; es posible que esto suceda desde que llegué y no lo haya descubierto hasta ahora. Aquel día notaba que los demás compradores me dirigían continuamente miradas, descaradas y curiosas, que me obligaban a volver una y otra vez la cabeza (siempre, cuando nos miran, miramos hacia atrás en busca de aquello que tanto llama la atención y que, desde luego, no podemos ser nosotros). Me giraba cada vez, digo, y al fin caí en que siempre estaba viendo al mismo hombre, uno como cualquier otro pero siempre el mismo; y siempre en sus manos veía yo lo que acababa de estar en las mías.

Con disimulo, un disimulo inútil, claro, pues acaba llamando aún más la atención o al menos eso nos parece, le fui espiando, nada más difícil, pues siempre lo tenía detrás, para constatar finalmente lo que una mirada a su carro me habría desvelado al instante. Curiosamente, saber que alguien copiaba mis acciones no me inquietó; más bien me relajé, pues me supe o quise saber víctima de alguna broma y —cómplice— añadí a mi compra algún producto especialmente caro. Incluso le sonreí mientras embolsábamos nuestras compras gemelas en cajas adyacentes.

En mi siguiente visita al súper yo casi ni me acordaba de todo esto, y al descubrir de nuevo su extraña presencia me obligué a seguir creyendo en la teoría de la broma, le añadí tal vez el adjetivo de pesada y seguí con mi vida, o sea con mi compra.

Pero las bromas no duran eternamente, y tras tres o cuatro sesiones más aquélla ya me tenía hasta los mismísimos. Y también, he de confesarlo, ligeramente preocupado: hay tantas historias de maníacos, obsesos y psicópatas que al final siempre le acaba entrando a uno miedo por cualquier cosa. Parecía, además, como si gozara de alguna bendición especial o pacto diabólico: cada vez que yo veía un estante en el que quedaban sólo dos o tres artículos, me abalanzaba sobre él fuese lo que fuese (pan de molde o escobillas para el váter), pero invariablemente aparecía un empleado que reponía las existencias, para mayor desesperación mía.

Pensé también si llenar mi carro de un mismo artículo no le disuadiría, pero ni ciento ochenta rollos de papel higiénico ni catorce quilos de galletas resultaron eficaces. Lo último que he probado, en mi angustia, ha sido echar mano de la tarjeta, curalotodo de los tiempos modernos: ayer hice una compra cara hasta el infinito; la caja registradora marcó una cifra jamás vista en aquel supermercado de barrio, una cifra que puso chiribitas en los ojos de la cajera y un nudo en su lengua (y, quizás, un orgasmo, pues las cajeras compiten entre ellas a ver quién la tiene más grande —la recaudación—). Pero allí estuvo él, altanero mientras nuestras dos cajeras introducían y deslizaban sendas Visas por las ranuras.

Ahora, con nueve quilos de hueva y trece de mojama en la nevera, me siento tranquilo; abusar de una tarjeta es, para mí, como una eyaculación: me deja sumido en un agotamiento fecundo, cuna de mis pensamientos más lúcidos. Intuyo que si mañana sigo los pasos de quien entre antes de mí en el supermercado, esta nueva unión romperá la anterior, y la siguiente me liberará definitivamente.